

Por debajo del ego propio, Javier Adúriz

Igual, no se quiere dejar de sonreír

Javier Adúriz

El 21 de abril murió Javier Adúriz. Me resulta casi imposible iniciar un texto con la noticia de su muerte, así que voy a apoyarme, como tantas veces antes, en su palabra, la que coloqué a modo de epígrafe y abre esta nota.

Recordar a Javier es vivir en el presente, en el aquí y ahora de su voz y su poesía. Desde *Palabra sola*, en 1971, hasta *Esto es así*, en 2010, escribió varios libros, *En sombra de elegía*, *Solos de conciencia*, *Égloga brusca*, *La forma humana*, *Canción del samurái* y *La verdad se mueve*, dirigió revistas y colecciones editoriales en *Ediciones del Dock*, fue traductor, profesor, marido, padre, hermano, amigo. Fue maestro. Escribió una rara clase de Haiku a los que le gustaba llamar Ahijú pensando en el cruce y el encuentro de aquella cultura con nuestro andar amigándonos con una identidad de la que nos cuesta hacernos cargo y que, en el fondo, no tiene demasiada importancia si no se investiga de dónde surgen sus rasgos más honestos: *a cada paso / vas hundiendo los pies / en otra carne*.

Esa fue su cuestión con la escritura: no al *mito del estilo y las manías*, no al *profesor que habla y dice como si supiera*, *la verdad está por fuera de nosotros y reside oblicua en el don de la palabra general, en construcción colectiva*. Para Javier ése es el poema, el que habla por sí, el que está vivo porque arrastra la voz de todos, la vieja voz de la literatura, sin tiempo: *una índole del verbo que se demuestra muy por debajo del ego propio, tan conmovedor por cierto porque es de uno, pero siempre fascista de bota y bigotito pelotudo*.

Somos muchos los que lo extrañamos. Muchos los que queremos, de uno u otro modo, homenajearlo; los que nos sentimos felices por haber conocido la maravilla de su amistad, su compañerismo, su amor, su saber y compañía. Con todos ellos me siento un poco unida a través de Javier. Pero a los que no lo conocieron, a los que tienen hoy la oportunidad de empezar a leer sus poemas o sus ensayos, que también son poesía, les pido que lo hagan cuanto antes, nadie que quiera escribir, nadie que escriba, debería perderse lo que Javier quiso enseñar. Esa voluntad te mantiene aquí, ahora, tan cerca que no se quiere dejar de sonreír, Sensei Javier. *Por qué esta lluvia / tan entusiasta hoy / moja los ojos*.

Roxana Palacios